

llos hombres carnales, á aquellos cristianos milldanos, á aquellos presumidos espíritus fuertes de Corinto. Era visible la ironía, pero estaba muy en su lugar. Y ¿porqué no podremos hablar en el mismo idioma á los cristianos de nuestros tiempos? *Nosotros somos necios por amor de Jesucristo*: á lo menos es bien cierto que son reputados por tales todos aquellos que se conforman con las máximas del Evangelio. Y sino, díganme ¿con qué ojos se mira hoy en el mundo el arreglo de las costumbres, el porte ajustado, la mortificación de los sentidos, el recogimiento interior, la exterior compostura, el retiro del bullicio? A la devoción se la trata de apocamiento de espíritu, y se llama escrúpulo á la delicadeza de conciencia. Mirase con cierta especie de lástima á los que siguen el camino que nos dejó señalado Jesucristo. Los aplausos y la estimación se reservan para los mundanos; parece que solo en el espíritu del mundo se halla recogido el buen juicio y la razón. La profanidad, el esplendor, las riquezas, los honores, una fortuna brillante, el tener con que satisfacer las pasiones y gozar de todos los placeres; esto es lo que da mérito en el mundo. En sentir de muchas gentes, la vida oscura, humilde y retirada es una verdadera desgracia, no de otra manera que si estuvieran proscriptas las máximas de la religión. Veis aquí dos caminos bien opuestos; veis aquí dos espíritus bien diferentes; veis aquí dos reglas de costumbres bien contrarias. Macerar la carne, mortificar los sentidos, tener sujeto el amor propio á una perpetua servidumbre, y estarse haciendo continua violencia; esta y no otra es la doctrina de Jesucristo. Halagar las pasiones, satisfacer el apetito, sacudir el yugo de la sujeción, y no obrar mas que por motivos de amor propio; esta y no otra es la doctrina del mundo. Pero ¿quién de los dos se engaña? Si la verdadera sabiduría está en

las máximas del Evangelio, el no seguirlas será una insigne locura. Pero si son sabios y cuerdos los mundanos siguiendo una vida poco cristiana, será preciso que vayan errados los devotos y los virtuosos. Esto no admite medio. Mas ¿habrá quien tenga osadía para decir que los santos erraron, siguiendo las máximas del Evangelio? Luego es muy cierto que los que no las siguen van descaminados. Hombres carnales, mujeres mundanas, espíritus disipados, disolutos de profesion, corazones profanos, ¿qué dignos sois de compasión en vuestros lastimosos descaminos! Haced, haced ostentación de vuestra vanidad, preconizad vuestras escandalosas máximas, triunfad en vuestra conducta licenciosa, sostened con fiereza vuestra irreligión, nada estimeis sino vuestras riquezas mundanas, teneos en buen hora por prudentes y por discretos; vuestra misma conducta es la prueba mas concluyente de la mas insigne locura. ¿Puede haber mayor extravagancia que forjarse un camino enteramente contrario al de Jesucristo? ¡Oh y cuánta verdad es que no se halla la verdadera sabiduría sino en las máximas del Evangelio! Todo hombre que se condena, es sumamente insensato: solo son sabios aquellos que se salvan.

*El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia 11, pág. 59.*

#### MEDITACION.

##### DEL AMOR A LOS DESPRECIOS.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que el amor á los desprecios es la prueba menos equívoca, y en rigor es la señal infalible de la verdadera humildad. Engañanse no pocos tenien-

dose por humildes, porque conocen sus imperfecciones y confiesan sus defectos. No basta sentir uno bajamente de sí: no es menester mas que un poco de reflexion para conocer sus miserias, con otro poco de entendimiento para condenarlas. Solamente los simples dejan de conocer sus defectos. La estimacion de sí mismo es vicio de almas bajas y de entendimientos vulgares: un entendimiento despejado y noble descubre con claridad todos sus defectos y no se los disimula. Pero este conocimiento especulativo de ninguna manera constituye el carácter de la verdadera humildad. Es esta una virtud moral, que no reside precisamente en el entendimiento, sino principalmente en la voluntad, domicilio y asiento de todas las virtudes morales. Para ser verdaderamente humilde, es menester lo primero sentir bajamente de sí, y lo segundo desear que los demás sientan lo mismo, y no nos tengan por mejores de lo que somos. No hay mayor injusticia que exigir de los otros que estimen en nuestras personas aquello que nosotros mismos juzgamos digno de desprecio. Ser verdaderamente humilde, sin desear verdaderamente ser humillado, no puede ser. Ya que el amor á los desprecios nos es penoso, ya que los sentidos y el amor propio se oponen á él, por lo menos debe ser aplaudido por la razón, así como lo es siempre por la religion. La humildad sin humillaciones siempre es sospechosa. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; pero es imposible ser humilde sin desear ser humillado. El mérito de los primeros cristianos y de los santos religiosos, consistió en vivir abatidos, humillados y despreciados del mundo. El original de aquellas ilustres copias fué el ejemplo de Jesucristo. *Humiliavit semetipsum usque ad mortem, mortem autem crucis.* Humillóse el Señor no solo á padecer muerte, sino muerte de cruz; esto es, no solo murió, porque en

esto aun puede haber orgullo y vanagloria en los hombres, sino que se humilló á morir con muerte ignominiosa, en medio de dos ladrones, y clavado en una cruz, que era el suplicio mas afrentoso que habia, por el cual se dijo: *maledictus homo qui pendet in ligno.* La misma vanidad puede tener su parte en las humillaciones, cuando estas se hacen con ostentacion; porque no hay pasion mas cómica ni que mejor sepa disfrazarse que el orgullo. Pero amar las humillaciones, desear los desprecios, no puede ser sin verdadera humildad.

¡O mi Dios!; y qué poco se conforma esta doctrina con el gusto del mundo! La mayor parte de los devotos nada siente, nada aborrece tanto como la humillacion. Solo se busca una virtud aplaudida; los desprecios inquietan y turban el corazon. Pero ¿será muy castiza la virtud que se acomoda tan mal con ellos?

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que la humillacion es constitutivo esencial de la penitencia, porque todo pecador verdaderamente contrito desea ser humillado. Y ¿cómo no podrá desearlo, cuando él mismo se reconoce por la mas vil y baja de todas las criaturas? Él ofendió á su Dios por el pecado; ¿y querrá que se le estime, querrá que se le tenga en algo? Cometió su pecado por flaqueza, ó por malicia; lo primero arguye su miseria, lo segundo su malignidad: pero de cualquier modo que haya pecado, debe considerarse como despreciable á los ojos de Dios y de los hombres. Así, la verdadera penitencia, que lleva consigo este conocimiento, no puede estar sin la verdadera humildad, ni la verdadera humildad sin el amor á las humillaciones.

Estas tienen además otra virtud, y es la de atraer-

nos con mucha frecuencia al cumplimiento de las obligaciones cristianas. *Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas*, decia el real profeta David : Bueno es, Señor, el que me hayais humillado, porque de esta manera aprenderé á guardar con fidelidad vuestra santa ley. Hállase uno estimado, obsequiado, bien recibido en el mundo; la fortuna le convida con las riquezas, el favor le ensalza á los honores y empleos; tiene entrada en la corte, concurre con distincion á las casas de los grandes : pues no se acuerda si hay Dios, ó procede como si no lo hubiese. Pero llega la humillacion; por un azar cualquiera pierde sus bienes, ó es despojado del empleo; aquella persona que le protegía, le retira su favor, ó le da algun sonrojo público; todo el mundo le vuelve las espaldas : pues entonces entra dentro de sí mismo, y si no ha perdido los sentimientos de religion, es muy natural que se convierta á Dios y le diga con el Profeta : *Bonum mihi quia humiliasti me*. Ya va á las iglesias, cuando antes no pisaba sus umbrales; ya frecuente los sacramentos, cuando antes ni aun se acordaba de ellos; ya busca la compañía de las personas virtuosas, á quienes antes trataba con desden y aun con desprecio; ya le gustan los frailes, porque entre ellos halla quien le consuele, quien le anime, quien le entretenga á veces con una conversacion grata é instructiva, quien le enseñe á sacar fruto de sus mismas humillaciones : *Bonum mihi quia humiliasti me*.

Pero si son útiles las humillaciones al pecador para que se convierta, no lo son menos al justo para que adelante en la virtud. No basta que se levante un viento favorable que haga tomar al navio el rumbo que le conviene : si luego sigue la calma, no atrasará, pero tampoco avanzará mucho aun á fuerza de remos. Las humillaciones nos llevan viento en

popa al puerto de la patria celestial, haciéndonos salvar de los escollos del amor propio y del orgullo. Rara es la virtud que no tropieze en estos escollos, si no va acompañada de una sincera humildad. Pues dadme, Señor, esta apreciable virtud, vos que habeis dicho : Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

#### JACULATORIAS.

*Bonum mihi quia humiliasti me*. Salm. 148.

Mucha cuenta me ha tenido, Señor, que me hayais humillado.

*Et veniat super me misericordia tua, Domine; salutare tuum secundum eloquium tuum*. Salm. 148.

Sostenedme, Señor, en mis abatimientos, segun lo habeis prometido.

#### PROPOSITOS.

1. Se temen, se aborrecen las humillaciones, y no se teme la condenacion eterna que ciertamente es el mayor y el mas vergonzoso de todos los abatimientos. Nuestro orgullo es el origen de todos nuestros desórdenes, y tarde ó temprano causa la muerte del alma. ¿Qué remedios no se aplican para curar un absceso? No se perdona al hierro ni al fuego; admítense con gusto los mas amargos, los mas desabridos remedios, como se consideren eficaces. El remedio contra el orgullo es la humillacion : es amargo al amor propio, no hay duda, pero es un soberano especifico para curar la inflamacion interna del corazón, por la cual el hombre se abulta á sí mismo y concibe una magnífica idea de su persona. La humillacion le reduce á su justa medida, y haciéndole bajar de aquellas alturas en que se le va la cabeza, pone limites á la ambicion moderando sus

deseos. Ama un medio tan eficaz para hacerte feliz. Si no tienes valor ni virtud para solicitar los abatimientos, por lo menos no vuelvas las espaldas á los que se te presentan : estímalo como señal cierta de la particular bondad con que te mira el Señor, y dale gracias prontamente con alguna breve oracion. Es loable costumbre la de rezar el *Laudate Dominum, omnes gentes*, cuando nos sucede algun abatimiento; y guárdate siempre de prorumpir en la mas leve queja.

2. Siéndonos tan provechosa la humillacion, ¿ qué razon habrá para que no tengamos por amigos á aquellos de quienes se vale Dios para enviarnosla? Háganlo por pasion, ó háganlo por inadvertencia, siempre debemos amar la mano que nos cura, aunque nos abrase. Cuando el remedio es eficaz, no se repara en que sea amargo. No hay mayor injusticia que mirar con malos ojos á los que nos humillan : si fuera licito tener aversion á alguno, debiera ser á los que nos exaltan, pues contribuyendo á nuestra perdicion, no parece debiéramos quedarles muy obligados. ¿ Te ofendió, te abatió, te humilló alguno? Pues trátale con mas cariño, dedícate á servirle con mayor cuidado, y deja que gruña el amor propio cuanto quisiere. Mantente firme en esta práctica, porque no la hay mas segura para hacer grandes progresos en la perfeccion. Frecuentemente nos volvemos contra nuestros concurrentes, contra nuestros superiores, contra nuestros prelados, cuando nos sucede alguna humillacion : hacemos muy mal. Y ¿porqué no nos volveremos contra nosotros mismos, que muchas veces damos motivo á que se nos trate con abatimiento? ¿Cosa extraña! Todos confesamos buenamente que á los ojos de Dios somos despreciables, y nada sentimos tanto como ser efectivamente despreciados.

---

## DIA VEINTE Y OCHO.

### SAN VIDAL, MÁRTIR.

San Vidal, tan célebre en todo el orbe cristiano, y singularmente en Italia, fué de Milan, de ilustre y antigua familia. Algunos le hacen padre de los santos mártires Gervasio y Protasio. Lo cierto es que él y toda su familia eran cristianos; mas por no habersele ofrecido ocasion oportuna de declararse y de hacer pública profesion de su fe, se contentaba con asistir, consolar y socorrer á los fieles, sirviendo á estos de ejemplar y modelo su ajustada vida; y aun á los mismos gentiles causaba admiracion su honradez y su bondad.

Habia servido de oficial en los ejércitos del emperador, y se habia distinguido mucho. Así por el grado que obtenia en ellos, como por el gran papel que hacia en la ciudad, habia contraido estrecha amistad con el cónsul Paulino, enemigo mortal de los cristianos; pero, en medio de su ojeriza, muchas veces los habia perdonado por las suplicas de Vidal, cuya intercesion juzgaba ser mero y simple efecto de aquella su bondad natural que, sin distincion de personas, se extendia á todos los infelices. A favor de esta reputacion y del gran crédito que tenia, hizo á los cristianos muy importantes servicios : visitábalos de dia en las cárceles y en los calabozos, socorriendo sus necesidades; y de noche salia á visitar y consolar á los que estaban escondidos en las cavernas y entre los peñascos.

Teniendo Paulino que hacer un viaje á Ravena, quiso que su amigo Vidal le acompañase. Era en